gustaban de las Confesiones y Soliloquios de san Agustin, aquellos de los Cantares de san Bernardo: algunos más espirituales gustaban más de la Vida de la beata Catalina de Génova; otros, que eran más inclinados al desprecio de sí mismos, leian la del beato Giacopone y la del beato Juan Columbino: llena el alma de esta leccion se salian á la mañana y á la tarde de dos en dos, ó de tres en tres, á hacer ejercicio por aquellas montañas, platicando lo que habian leido. Tal vez se encontraban diez ó doce juntos por aquellos bosques y selvas, y se paraban á tener una conferencia espiritual con tanto gusto, con tanta devocion y fervor, que parecian otros tantos Angeles del cielo; de suerte que la ida á Frascati no menos restauraba las fuerzas del alma que las del cuerpo, y los unos servian á los otros de ejemplo y de espuelas para servir á Dios. Testigos son de todo esto tantos padres y hermanos que lo vieron y probaron por estar presentes, y ahora están repartidos por todo el mundo á fructificar en la viña del Señor.

De todo esto despues de Dios se debia la gloria á Luis como á principal motor; por eso todos con razon le amaban y veneraban con particular devocion: todos le seguian y buscaban para hablarle y oirle, y cuando no le podian haber, lo sentian por lo que perdian. Lo que le hacia más amable era, que no tenia siempre el arco tirante sin aflojarlo, sino que con cordura y prudencia se sabia acomodar al tiempo y á la ocasion y á las personas; y aunque en sus acciones era sério, pero no era en sus pláticas nada melancólico ni pesado, sino gracioso y afable con todos, y tal vez se dejaba decir su gracia y su agudeza, y contaba algun cuentecillo á propósito, todo dentro de los términos de la modestia religiosa. Esta fué la vida de Luis en el colegio Romano los primeros dos años y medio que allí estuvo, y éstos son los efectos que con ella obraba.

CAPÍTULO XIX. VI.

Cómo fué enviado á su tierra para apaciguar algunos encuentros graves que habia entre el Duque de Mantua y el Marqués su hermano.

Habiendo sucedido en Mantua la muerte del Sr. Horacio Gonzaga, señor de Solferino, aquel feudo venia á su sobrino el marqués Rodolfo como á pariente más cercano por legítima sucesion. Pero habiendo aquel señor en su testamento dejado por heredero al Sermo. Duque de Mantua, S. A. tomó posesion de aquel señorío. Con esta ocasion la Marquesa de Castellon D.ª Marta fué á Praga, dejando el gobierno de Castellon al marqués Rodolfo, y llevó consigo otros tres hijos pequeños que tenia: el mayor era D. Francisco, que al presente es marqués y á la sazon no tenia más de nueve años; pero de aquella edad recitó una oracion bien larga al Emperador con tanta gracia, que él le quedó muy aficionado, y se le pidió á la Marquesa por paje, y ella se lo dió. Envió el Emperador un comisario suyo que en su nombre embargase y administrase aquel feudo, hasta que S. M. declarase por sentencia definitiva á quién pertenecia de derecho. Vióse la causa, y salió la sentencia en favor del marqués Rodolfo, declarando pertenecerle como á pariente más cercano. Pero en el ínterin no faltaron algunos malsines y ministros del demonio que con siniestras informaciones atizaron el fuego, haciendo que cuanto habia sido mayor el amor entre aquellos señores, fuese mayor la enemistad presente. Crecieron las sospechas, multiplicáronse las quejas y los disgustos, de suerte que la causa de Solferino, que se trataba civilmente, era ya lo de menos importancia en estas controversias; y como eran tantos los cargos que hacian al Marqués, temíase que este negocio habia de parar en mucho mal.

Pusiéronse de por medio para reconciliarlos algunos personajes de mucha importancia, y entre otros el Sermo. archiduque Ferdinando, hermano del emperador Maximiliano, pero todo fué sin provecho. Finalmente madama Eleonora de Austria, madre del duque Vicencio, y la marquesa D.ª Marta, madre del marqués Rodolfo, viendo la cosa reducida á tales

términos, deseosos de paz y de evitar escándalos, juzgaron que no podia haber mejor medianero en aquel caso para pacificar aquellos señores que el hermano Luis, sabiendo por una parte lo mucho que el Duque le amaba, y por otra la autoridad que tendria con el Marqués su hermano, pues le habia dado todo lo que tenia. Con esto, sin decir nada á sus hijos, les pareció á aquellas señoras acudir á él en este aprieto, que á la sazon estaba en Roma. Al principio Luis no salió á ello, por no meterse en aquellos enredos y perder su paz y el hilo de la observancia regular con que tan bien se hallaba. Despues lo pensó más, encomendólo mucho á nuestro Señor, y pidió á otros que hiciesen lo mismo, y aconsejóse con el P. Roberto Belarmino, que era su confesor. El habiendo tenido oracion sobre ello, le dijo estas palabras: *Vaya, hermano Luis, porque yo entiendo que será servicio de nuestro Señor.* Tomó él estas palabras cómo oráculo, y poniéndose indiferente, se resolvió de hacer lo que el Padre general le mandase, sin replicar. En el ínterin la archiduquesa Eleonora, sabiendo las dificultades que Luis ponia, y viendo que no habia otro medio sino este, despues de Dios, para prevenir los daños grandes que se temian, y que un acto de tanta caridad como era apaciguar sus parientes no desdecia nada de la observancia regular, hizo con los superiores que de hecho se lo mandasen, y así se hizo, como se cuenta en la historia y vida que anda impresa de aquella santa señora.

Habia ya oido Luis dos años de teología, y por ser vacaciones estaba á la sazon en Frascati con otros muchos, cuando fué allá el P. Belarmino con el órden del Padre general, en que le mandaba volver á Roma, para irse luégo á Mantua y á Castellon: en recibiendo este órden, no tardó más de un cuarto de hora en partirse, dejándonos á los que allí estábamos con notable pena de vernos privados por tanto tiempo de su comunicacion y del fruto de sus santos ejemplos. Acompañámosle todos hasta una granja del colegio; y á la vuelta comenzó el P. Belarmino á hablar con encarecimiento de las virtudes de aquel hermano y de su santidad, contando algunas cosas que nos movian á devocion: entonces dijo que él tenia para sí que estaba confirmado en gracia; y añadió que no sabia cómo se podia imaginar mejor la vida de santo Tomás de Aquino, cuando era mozo, que considerando la vida del hermano

Luis. Las cuales palabras notaron muchos, que despues las testificaron en los procesos. Llegado á Roma, y recibido el órden del Padre general para partirse, fué primero á despedirse de los Cardenales sus parientes; estando con el cardenal de la Róvere, por la gran flaqueza de cabeza y extenuacion de cuerpo, se desmayó, y le hubieron de echar en la cama del Cardenal, el cual le reprendió por tanta mortificacion y penitencia, exhortándole á que tuviese más cuidado de su salud;

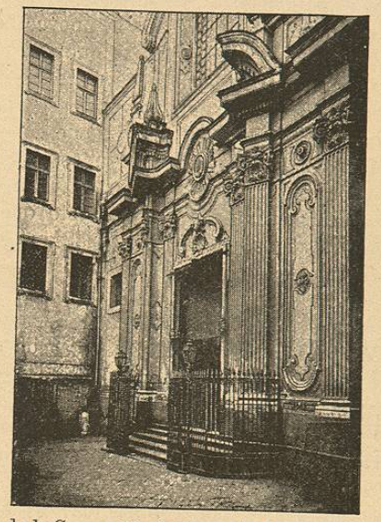
Antiguo Colegio de la Compañía de Jesus, de Nápoles (Gesù vecchio), donde pasó S. Luis siete meses. (Véase el libro II, cap. 10.)

pero él respondió que no hacia todo lo que debia para cumplir con su obligacion. Diéronle por compañero un hermano coadjutor muy cuerdo, á quien los superiores encargaron mucho que cuidase de la salud de Luis, y á él le mandaron que obedeciese á su compañero en todo lo que tocase á la salud. El P. Ludovico Corbinelli, persona grave y gran bienhechor del colegio Romano, sabiendo lo mucho que Luis padecia de la cabeza, hizo cuanto pudo porque llevase un paraguas; pero no fué posible acabarlo con él. La mañana que se habia de

ir, le trajeron al aposento unas botas, que habian sido de una persona principal: cuando se las queria poner, dijo uno acaso: Estas botas fueron de tal señor. Oyendo esto Luis, se puso muy melancólico, pensando que quizá por esto se las daban á él: con esto no hacia sino darles una vuelta y otra, á ver si les hallaba algun achaque para dejarlas. El compañero cayó en la cuenta, y díjole: ¿Qué tienen estas botas, no le vienen bien? Y no respondiendo él nada, le volvió á decir: Quíteselas y déjelas, que yo iré por otras que le vengan bien. Con esto las tomó, y yéndose á un aposento donde se guarda el recado de camino, sin tomar otras dobló las mismas de otro modo, y las volvió diciendo: Ahora pruébese estas, quizá le vendrán bien. Luis no las conoció, y con eso se las puso, y dijo: Estas sí, estas me vienen bien, y con ellas se fué.

Partió de Roma á los 12 de setiembre de 1589 en compañía del P. Bernardino de Médicis, su grande amigo, que iba á leer escritura á Milan. En todo el camino no dejó jamás sus tiempos de oracion, exámenes, letanías y las otras devociones en las posadas, y por el camino no habló sino de nuestro Señor ó de cosas espirituales. Era de ver el respeto y la piedad con que le oian los mozos de mulas, descubriéndole todo su corazon, no apartándose de su lado por la devocion que le tenian, que es cosa bien rara en los de aquel oficio. En Siena no quiso aceptar no sé qué agasajo que le pareció más que lo ordinario, y que le hacian por la calidad de su persona, ó por aficion que cierto Padre le tenia, ni tampoco se quiso dejar lavar los piés, como se suele hacer con los huéspedes que pasan por los colegios; antes dijo á su compañero, que le daba pena ver aquel Padre tan cuidádoso de agasajarle y con tantos cumplimientos. Gustó de pasar por Florencia como madre antigua de su primera devocion y fervor. Allí dejó al P. Bernardino de Médicis, porque aquellos señores Médicis sus parientes le detuvieron algunos dias; él se fué á Bolonia, donde en llegando le rodearon los Padres de aquel colegio, que habian oido decir mucho de su santidad, y él les comenzó luégo á hablar de cosas de nuestro Señor. Detúvose allí un dia, en el cual el rector le envió á ver la ciudad, dándole el sacristan por compañero. Al salir de la casa le rogó que no le llevase sino á alguna iglesia ó lugar de devocion, porque él no gustaba de

ver otras cosas. Con esto le llevó á dos ó tres iglesias de más devocion, y le volvió á casa. Llegados á una hostería entre Bolonia y Mantua, que está en el Estado de Ferrara, el huésped les dió á él y á su compañero un aposento en que no habia más de una cama. Tomó el compañero al huésped aparte, y le dicho que mirase que eran religiosos, y no dormian jamás dos en una cama, que le hiciese caridad de darle otra. El huésped dijo que no queria, porque habia de



Antigua iglesia de la Compañía de Jesus (del Gesù vecchio) en Nápoles, visitada diariamente por S. Luis durante su estancia en aquella ciudad. (Véase el libro II, cap. 10.)

guardar las otras camas por si aquella noche venian algunos caballeros á la posada: hizo instancia de nuevo el compañero con más fervor, é iba levantando la voz: oyóle é hízole callar; respondió el compañero: Este buen hombre dice que quiere guardar las camas para los caballeros, como si aquí fuésemos labradores, y en verdad, hermano Luis, que llevándolo por ahí que fuera razon atender á su persona y tenerle más respeto. Entonces Luis con gran sosiego y paz le dijo: Hermano mio, no se enoje, que no tiene razon. Nosotros hacemos

profesion de pobres, y tratándonos él conforme á nuestra profesion, no nos hace agravio, ni tenemos de qué quejarnos. A la noche quiso Dios que no llegaran más huéspedes, y con eso tuvo el compañero lo que deseaba.

En llegando á Mantua se fué luégo á visitar á madama Eleonora de Austria, que ya era muy vieja, y aquella santa señora se alegró sumamente de verle: abrazóle con notable afecto, y se estuvieron gran rato hablando. Desde allí avisó[13] de su llegada al Marqués su hermano, que envió luégo por él. No quiso enviar delante quien diese la nueva, hasta que llegó á Castellon, y dijo á uno que encontró, que avisase al Marqués cómo habia llegado; aquel echó luégo á correr, y lo fué diciendo por las calles, y en un momento se llenaron de gente que salian á las puertas á verle: recibiéronle con extraordinaria devocion y alegría, tocando las campanas y haciéndole una hermosa salva de artillería, hincándosele de rodillas cuando pasaba por las calles: tanto era el concepto que tenian de su santidad, de que Luis se corria y afligia harto. El Marqués bajó á recibirle al pié de la fortaleza. En apeándose de la carroza, un vasallo se puso de rodillas delante del Marqués, pidiéndole perdon de no sé qué cosa, fiado en la presencia de Luis: el Marqués le dijo que por amor del P. Luis él le perdonaba. Entró con el Marqués en la fortaleza, y mortificóse mucho, porque algunos de palacio y del lugar le hablaban de ilustrísimo y de excelencia como antes que fuese religioso.

No halló en Castellon á la Marquesa su madre, que estaba en otro lugar suyo, que se dice San Martino, doce millas de allí. Envióle luégo á avisar, y con eso el dia siguiente se vinó á Castellon con sus dos hijos pequeños. Llegada á su palacio, que era distinto y algo apartado del del Marqués, envió á la fortaleza á avisar á Luis de su llegada. Fué luégo allá Luis con su compañero, y ella le recibió más como á santo que como á hijo, y así no se atrevió á abrazarlo ni besarlo (como el afecto de madre lo pedia, y no habiendo personas de respeto delante, nadie se lo estorbara); pero venciendo la reverencia al amor, le recibió hincada de rodillas, haciéndole una profunda inclinacion hasta el suelo; y no es maravilla que esto hiciese, pues aun cuando era niño le miraba como á santo, y le solia llamar su ángel.

CAPÍTULO XX.

Del modo con que se portó en Castellon y en otras partes.

Estuvo Luis con su madre todo aquel dia, y tratando largamente de sus cosas, siempre quiso que estuviese presente su compañero. Pero él, reparando que con aquello se encogeria la Marquesa, y no se atreveria á hablar tan libremente con su hijo, buscando ocasion se salió á rezar el Rosario. Despues al cabo de un gran rato volvió, y los halló á ambos de rodillas en oracion. A la noche preguntó Luis á su compañero, por qué se habia salido. El le dijo que, habiendo la señora Marquesa pedido al Padre general que le enviase á su hijo de tan léjos, y teniéndole ahora en su presencia, no le parecia que era razon estorbarla que no descansase con él y hablase libremente, y así con las otras señoras era bien aquel recato, y allí le obedeceria, pero con su madre no. Con esto se quietó Luis, el cual se estuvo algunos dias en Castellon por informarse en particular del Marqués y de los otros del estado de las cosas, y en qué topaban las diferencias con el Duque de Mantua.

En aquel ínterin no es creible la edificacion que daba en todo tiempo y en todas ocasiones: nunca salia sino á pié, si bien su madre y su hermano le hacian tener siempre la carroza á punto; por la calle siempre habia de ir sin bonete, para responder al afecto de tantos como le saludaban. Con todos trataba indiferentemente, con tanta humildad y sujecion como si fuera el mínimo del lugar. No quiso aceptar ningun género de servicio de los seglares si de algo tenia necesidad, antes se ayudaba de su compañero, aunque ni este queria que le acudiese sino á más no poder, y entonces obligándole y forzándole el compañero á aceptar, porque aunque tuviese necesidad de algo no queria pedirlo, sino aguardar á que Dios les moviese á dárselo. Y si por él fuera, no hubiera posado en casa de su hermano ni de su madre, sino en la del arcipreste, si los superiores no le hubieran ordenado lo contrario.

Todo el tiempo que allí estuvo, fué grande el rigor y entereza que tuvo en no tomar cosa de las que le ofrecian para su uso. Entrando el invierno, y los frios que en aquella tierra son rigurosos, no consintió que le hiciesen de vestir,